

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN SEMINARIO DE LA CONFEDERACION
DE INDUSTRIAS DANESAS

COPENHAGUE, 28 de Mayo de 1993.

Señoras y señores:

Es para mí muy grato reunirme con ustedes y visitar Dinamarca acompañado de una delegación de autoridades de mi gobierno y de empresarios chilenos, parlamentarios, y dirigentes sindicales.

Esta es una visita que pretende expresar nuestro reconocimiento a Dinamarca por su solidaridad con los demócratas chilenos y una ocasión para intensificar nuestras relaciones en el ámbito económico, en la esperanza de que el naciente intercambio entre nuestros países pueda intensificarse de una manera significativa.

Creo que daneses y chilenos tenemos interesantes posibilidades conjuntas de intercambio entre nuestros países. Chile atraviesa hoy por un momento particular de su historia. En los últimos años, hemos sentado las bases para alcanzar la prosperidad que anhelamos. Hemos recuperado nuestra antigua tradición democrática. Luego de un gobierno autoritario, los chilenos hemos aprendido los costos de la división, del dogmatismo y de la exclusión. Conquistamos la democracia con las armas de la paz, y ella ha vuelto para quedarse, porque se sostiene en la adhesión activa de todos los ciudadanos, de todos los sectores políticos y sociales.

El consenso en torno al sistema democrático como forma de gobierno, es fundamental para adoptar una estrategia de desarrollo que permita armonizar el crecimiento económico y la justicia social. Estos son los pilares de la estrategia global en que estamos empeñados como Nación.

Como ustedes saben, somos un país pequeño, lejano, el más austral del mundo, con mercados internos limitados. Nuestro camino, por lo tanto, es la integración a la economía mundial sobre la base de nuestras exportaciones.

Como lo recordó el señor Presidente, a mediados de la década de los 80 nuestro país reemplazó la política tradicional de las naciones de América Latina, de economías cerradas, que buscaban sustituir importaciones mediante el desarrollo de su propia industria, a base de medidas proteccionistas, por una economía abierta, libre, de mercado, volcada hacia la exportación.

Chile abrió su comercio, rebajando considerablemente sus aranceles, en ese momento a un 15 por ciento, hoy día a un 11 por ciento parejo para cualquier producto que llegue al país, y Chile adoptó una posición, en alguna medida siguiendo el camino de Dinamarca, de procurar volcarse hacia el exterior incrementando sus exportaciones de manera competitiva.

Hasta esos años, el principal producto de exportación de Chile era el cobre, que cubría prácticamente el 60 por ciento de nuestras exportaciones. Desde entonces hasta ahora hemos multiplicado por 4 ó 5 veces el volumen total y el valor de nuestras exportaciones, y al cobre hemos agregado productos del mar, productos forestales, celulosa y productos hortofrutícolas. Al mismo tiempo estamos exportando algunos productos manufacturados.

Nuestro gran desafío en esta materia es agregar valor a nuestras exportaciones, y eso significa mayores capitales, mayor tecnología, mayor capacitación de nuestros técnicos y trabajadores, y estamos seriamente empeñados en eso.

En los últimos tres años nuestras exportaciones han crecido a más de un 3 por ciento real por año. En los 4 años de mi gobierno la tasa de crecimiento de la economía será del orden del 6 por ciento anual. El año último crecimos más de un 10 por ciento; el desempleo promedio ha disminuido a una cifra del orden del 5 por ciento -el año último fue menos del 5 por ciento-; la inflación,

que cuando nosotros llegamos al gobierno era del orden del 27 por ciento, fue el año último inferior al 13 por ciento; hemos sido capaces de sostener un superávit fiscal superior al 2 por ciento como promedio, lo cual es un importante logro si se consideran las tremendas carencias heredadas, especialmente en el ámbito social, y el temor a las presiones sociales que prevalecía antes del cambio de gobierno.

A pesar de estos progresos, Chile sigue siendo un país con pobreza y distribución desigual. El ingreso por habitante es inferior a 3 mil dólares -del orden de los 2.800- y el 20 por ciento más pobre de la población percibe sólo el 6 por ciento del ingreso nacional.

Por ello pensamos que no nos basta con una economía ordenada y en crecimiento. La desigualdad social es fuente de inestabilidad y de eventuales conflictos que pensamos que debemos prevenir. Hay además una razón de equidad natural para procurar superar esta situación.

Estamos esforzándonos en políticas sociales que se traducen en un mayor gasto social, pero que lo hemos hecho sin tocar los equilibrios macroeconómicos. Para encarar este mayor gasto, ha sido fundamental la reforma tributaria, que se llevó a cabo el primer año de mi gobierno, en 1990, que significó -es bueno destacarlo- simplemente subir el impuesto a las utilidades de las empresas del 10 por ciento al 15 por ciento -cifras que para los niveles europeos son bastante moderadas-, y el impuesto al valor agregado, a las transacciones comerciales, del 16 por ciento al 18 por ciento.

Esta reforma tributaria fue fruto de un acuerdo entre el gobierno y sectores de la oposición, que le prestaron apoyo en el Congreso Nacional.

Interesa destacar que en Chile hay un clima de entendimiento, no sólo en el plano político, sino también en el económico-social, y esto se ha traducido en que en los últimos cuatro años la Confederación de la Producción y del Comercio, la principal organización que agrupa a las federaciones empresariales, y la Central Unitaria de Trabajadores, la principal organización que agrupa a las federaciones sindicales, han convenido, junto con el gobierno, las bases de la política de remuneraciones, en lo que se refiere a los ingresos mínimos. Esto ha creado un clima de gran estabilidad social. En Chile, en estos últimos años, ha habido muy pocas huelgas y la mayor parte de los problemas entre las

empresas y sus trabajadores se han resuelto armónicamente, por la vía de las negociaciones colectivas.

Ciertamente nuestra lucha contra la pobreza requiere, sobre todo, de una economía dinámica. Tenemos el convencimiento de que para derrotar la pobreza no bastan las políticas redistributivas. Si no hay crecimiento, si no hay mayor producción, no vamos a salir de la pobreza. Pero tenemos también el convencimiento de que en un país de las características de Chile y de los demás de América Latina, el mero crecimiento no basta. Debe ir acompañado de políticas sociales, especialmente en el ámbito de la salud, de la educación, de la capacitación par el trabajo y de la vivienda.

Para realizar esta política, que nosotros llamamos de crecimiento con equidad, es fundamental profundizar nuestra integración a la economía mundial. Es en este terreno donde precisamente aparecen nuevos espacios de cooperación entre Chile y Dinamarca. Chile necesita más inversionistas extranjeros, que aporten tecnología, conocimiento de mercados de destino y capitales al desarrollo de la economía nacional.

La industria pesada y el sector pesquero se presentan, entre otras, como áreas privilegiadas tanto por el desarrollo tecnológico de Dinamarca en ella, como por la potencialidad que dichos sectores ofrecen en Chile y en América Latina.

Dinamarca, un país rico en recursos naturales y con una larga tradición de integración exitosa al comercio internacional, tiene mucho que aportar a nuestro desarrollo. Los invitamos a explorar las oportunidades que se les abren en nuestro país.

Nosotros, por nuestra parte, nos comprometemos a ser socios confiables y de largo plazo. Somos un país estable, políticamente sólido, con una larga tradición institucional, con una población homogénea y joven. No tenemos conflictos internos explosivos, mantenemos excelentes relaciones con los países vecinos. Tenemos, como ya lo dije, una economía abierta, ordenada, sin trabas burocráticas ni estatistas, libres -a Dios gracias- de la corrupción, abiertos a la inversión extranjera, nuestro sistema financiero es moderno y eficiente, lo mismo que el sistema de comunicaciones. Somos un país que puede empeñar su palabra y que sabe cumplirla.

Podemos, por ello, ofrecer nuestro potencial interno y ser también una puerta hacia el continente sudamericano y hacia la pujante área del Pacífico. Los países latinoamericanos están

saliendo del período de la postración económica, la democracia se consolida y después de décadas de enclaustramiento están abriendo sus economías al comercio y las inversiones.

Chile es un buen ejemplo del efecto expansivo del dinamismo del continente: nuestras exportaciones al resto de América Latina han crecido un 70 por ciento entre el 90 y el 92, constituyéndose en el mercado más dinámico para los productos chilenos, especialmente los manufacturados.

Necesario es recordar que para el año 2000 América Latina tendrá una población del orden de los 540 millones habitantes.

Permítanme aprovechar esta oportunidad de dirigirme a ustedes para señalarles nuestro convencimiento de que se nos abren fructíferas posibilidades de intercambio. Vuestra economía, en el plano tecnológico y comercial, es infinitamente superior a la nuestra. Nuestra fortaleza reside en la cantidad, variedad y potencialidad de muchos recursos naturales y en el costo de nuestros recursos humanos, así como en nuestra ubicación geográfica para la relación comercial con el resto del Occidente y el Oriente.

Las condiciones que he descrito sobre el funcionamiento de la vida política y económica del país, a lo cual debiera agregar la competencia reconocida de nuestro sector profesional y la natural intuición de nuestro sector obrero, de nuestros trabajadores, son factores que nos permiten mirar con optimismo la posibilidad de emprender nuevas actividades productivas.

Pensamos que podemos complementarnos con ustedes en todas las faces de la producción y de la comercialización. Nuestros extensos mares en el Pacífico Sur, la fertilidad de nuestras tierras para el crecimiento forestal, nuestras riquezas mineras y nuestra potencialidad hidroeléctrica están disponibles para el capital, la tecnología y el empuje de los ciudadanos daneses.

Tenemos razones para sostener que nuestra complementariedad es privilegiada y que es posible establecer, en beneficio mutuo, una alianza estratégica entre nuestras economías.

Confío en que esta visita, la primera que hace un Presidente de Chile a Dinamarca, sea un paso importante para conocernos mejor, para establecer un intercambio más fluido y para sentar las bases para una alianza de largo plazo, cuyos fundamentos he expuesto ante ustedes.

Confío también en que la suscripción en este acto de un Tratado de Protección de Inversiones sea un estímulo para incrementar esta cooperación.

Nuevamente les agradezco su presencia y tengo confianza de que juntos avanzaremos hacia el principal objetivo que nos une: la prosperidad de nuestros pueblos sobre las bases de la paz, de la justicia y de la libertad.

Muchas gracias.

* * * * *

COPENHAGUE, 28 de Mayo de 1993.

MLS/EMS.